

De la voz interna de Juana de Rafael Alcalá

fray Jesús Miguel Benítez, OSA

Antonio García Velasco en la presentación de esta obra la define como una “super-historia” de la reina D^a. Juana I de España, como la nombra el autor. Ni por asomo queremos corregir a García Velasco en su apreciación, porque –ciertamente- entrar en el alma de una mujer como la reina Juana y llegar a captar su voz más interior es una originalidad que trasciende los parámetros de la historia. Pero a ello unimos nuestra personal apreciación.

El extenso poema de Rafael Alcalá, dedicado a bucear en los latidos más profundos de esta mujer, hija de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, legítima heredera del Reino de las Españas, ya configurado en el reinado de sus padres, es un esfuerzo de enorme magnitud y de tal alcance, que nos atrevemos a hablar de “intra-historia” de un alma atormentada y un corazón de mujer envuelto siempre en el hálito de la fidelidad, y en tal grado que le costó el amor de sus padres, el de sus hijos, el de su esposo –sobretudo- y el mismo reino.

Pensamos con San Agustín, el gran Obispo de Hipona, que la historia es un presente, por lo que sus latidos –los latidos de los hombres y mujeres que hacen y son historia- pueden ser entendidos y aprehendidos en cualquier momento histórico. Porque la historia hay que saber leerla e interpretarla, asentados justamente en el dato, en el documento, pero descubriendo en ella el pulso de quien la traza por ser persona, enfrentando el drama de su mismidad, encarnada en un colectivo, sociedad o pueblo.

La historia no responde a un cálculo matemático, al igual que no obedece a las leyes inmanentes del pensamiento, sino que se enraíza en la vida misma de la persona que la traza. El ser humano es un ser histórico, y lo es en la medida de su capacidad de amar, de gozar, de sufrir, de acertar, de fracasar y de esperar. Es el sentido pleno de la existencia del que todos –de alguna manera- somos conscientes: el amor, el sufrimiento, el éxito, el fracaso, los límites, la decadencia. Y esto no tendría sentido si, frente a ello, no experimentara el hombre una proyección de futuro, más allá de lo finito de sus pensamientos y latidos, de lo finito de su presencia histórica, de sus actos.

Algo hay de proyección trágica en esto que comentamos, pero lo cierto es que somos peregrinos (*homo viator*, como gustaba definir al hombre al Obispo de Hipona), caminantes por senderos que no siempre buscamos con libertad, sino que nos son impuestos por las personas que nos rodean, a veces en razón de intereses bastardos, o por las circunstancias que se imponen

adversas a nuestra felicidad. Y ahí se nos dibuja la impresionante figura de D^a. Juana I de España, a quien –brutos e ignorantes- siguen llamando “La Loca”.

Rafael Alcalá, poeta de soledades, que cual Tenorio aguerrido a los palacios subió y a las cabañas bajó, buscando siempre el latido fiel de peregrinos de la historia, no dejando como el Tenorio “memoria amarga”, sino una dilatada producción poética en la que bucea a conciencia en el misterio profundo del hombre, ese que se identifica con la tragedia, con el gozo, con la lucha, el sufrimiento y la espera.

Y se encontró con D^a. Juana y, como Petrarca con Laura de Noves, con permiso siempre de esa *paloma* que “*de torre en torre vuela los días en que la lluvia rompe el silencio del horizonte*”, vuela y vuela y vuela... centró su atención, se encandiló, recogió datos y datos, en concienzudo estudio del personaje, dispuesto a descubrir entre las líneas de la historia: la feminidad, la bondad, el suspiro, el anhelo, la pasión, el amor, la lágrima, la fe, el grito, la desesperación, la esperanza, la ternura, la misericordia, la redención...; en definitiva la grandeza de alma de una mujer impresionante, aherrojada por los que más debían haberla querido y protegido, con una **voz interna**, que Alcalá escucha y transforma en un poemario precioso, intenso, vivo y sangrante, por su realismo.

Y otra percepción personal a la lectura reposada y serena del poemario que comentamos. Quien se adentra en las honduras del alma de esta mujer, quien escucha **la voz interna de Juana**, que Alcalá transmite con experimentada maestría, queda como el autor encandilado, absorto, ¿enamorado?, por el personaje, que tantas veces ha sido desfigurado, roto, desdibujado, injustamente tratado y representado por brutos e ignorantes. Si alguien cree que la reina D^a. Juana I de España alguna vez estuvo “loca”, acérquese con seriedad a estos versos y sepan leer en ellos la cordura y sensatez de una mujer cuyo único motor existencial era el amor y por él dio la vida, soportando los barrotes injustos de una cárcel en la que fue encerrada por aquellos que, debiendo haberla amado y respetado por su valor y dignidad, la utilizaron para su propio interés, robándole para la historia su verdadero rostro e integridad.

Por todo ello nos atrevimos a definir esta obra como “intra-historia” del alma de una mujer como D^a. Juana, reconociendo aquello del de Hipona de que la historia es presente y Rafael Alcalá ha sabido con mano diestra escuchar y aprehender la voz y los latidos del personaje. Ciertamente, una obra de arte del poeta.

Palma de Mallorca